

DOÑA ENC., *en extremo complacida, estrecha la mano de Marcelo.*—Bienvenidos sean. Los esperábamos con ansia.

ROBERTO, *tendiendo a su turno la mano a doña Encarnación, con su franca sonrisa habitual*—¿Qué tal? Tanto gusto, señora!

Tiene usted a los dos mosqueteros *ad portas*, con la sana intención de divertirse mucho. Y usted, siempre leyendo?

DOÑA ENC.—Sí ¿qué le parece? Estoy con la cabeza abombada. Figúrese usted, dos horas de leer clavada en este sillón!

Pero vamos a ver qué nueva diablura se le ocurre a usted.

... ¿No viene nadie más?

ROBERTO.—En el tren de las cinco y media, no han de tardar.

MARCELO.—A papá el sillón ministerial lo ha reblandecido, y naturalmente prefiere las comodidades de un vagón de ferrocarril y un kilómetro de coche, a cabalgar un par de horas.

ROBERTO.—Achaques de ministros, hombre! Don Andrés se ha acostumbrado a viajar retratado en los periódicos!

DOÑA ENC., *sonriendo.*—Jesús, qué hombre!...

Entonces voy ahora mismo a ordenar que vaya el tilbury por ellos a la estación. No me gusta hacer esperar a nadie.

Luz, *apareciendo en la terraza, de improviso.*—No tía, no vaya usted! Ya lo mandé yo... Muy buenas, señores. Me había escondido por la facha, creyendo que venía gente...

MARCELO, *afable.*—Mil gracias!

Luz.—Gente extraña, quise decir.

ROBERTO, *en tono melodramático se adelanta hacia Luz.*—¡Luz! «Luz de donde el sol la toma!»

Luz, *sonriendo afectuosamente.*—Hombre! Va a dejar el mundo a oscuras! No sea adulator.

*Roberto estrecha la mano de Luz, y se aparta para que lo haga Marcelo, volviendo al lado de doña Encarnación.*

MARCELO.—Después de todo nada se perdería con volver al caos en donde nos hallábamos sumidos antes de que esta lumbrera viniese al mundo.

*Señala a Roberto, y estrecha con cariño las dos manos de Luz, añadiendo en voz baja:*

Qué ganas tenía de verte!

Luz.—Estoy por decirte que yo no: me tienes enojada; hace lo menos un mes que no charlamos. No te prodigas mucho...

MARCELO.—Un mes sin que echemos un palique: ¡es atroc!

DOÑA ENC., *interrumpiendo su conversación con Roberto.*—Quien no los conociera pensaría mal oyéndolos!... Por Dios, siéntense señores!

MARCELO.—Le advierto, señora, que no hemos de sentarnos, mientras no le den de comer a Roberto, que viene con un hambre feroz: la de siempre.

ROBERTO.—Tú exageras...

DOÑA ENC.—No se apene usted! Yo sé lo que es ser muchacho. Vamos, le tocará a usted comer con Angela, que acaba de sentarse a la mesa en compañía de Antonia.

Marcelo: ¿y usted no nos acompaña?

MARCELO.—Mil gracias! No: en casa se come muy temprano.

*Se sienta al lado de Luz.*

DOÑA ENC.—Por lo menos una copita.

MARCELO.—No, mil gracias, señora.

DOÑA ENC.—Entonces, con permiso. Venga Roberto.

*Ambos se levantan.*

ROBERTO, *alejándose.*—Supongo que a mí, teniendo en cuenta mi estado, tampoco me negarán el permiso. *Entran en la casa.*

## ESCENA V

Luz y MARCELO

Luz, *con su dulzura peculiar.*—Qué ha sido de tu vida? ¿Por qué no habías vuelto? Antes montabas y venías a vernos todas las tardes.

MARCELO.—Tú lo debes suponer. En primer lugar, por mis estudios de Derecho; y después, talvez Angela imaginaria que mis asiduidades eran para ella, y no por la antigua amistad que tengo contigo; cosa bien ingrata para mí que no quiero mortificarla a menudo con mi presencia, desde las frases duras, casi agresivas, que tuvo para mí la última vez que reñimos, y de las cuales deduje que no soy más que un estorbo a su porvenir.

Luz.—¿Crees sinceramente lo que estás diciendo?

MARCELO.—¿Por qué no? Ella es una mujer... yo, apenas un muchacho que hace su carrera.